

Cuanto dichoso fui, la cruda ausencia  
Es quien devora el pecho dolorido;  
De cuantos el amor en su inclemencia  
Monstruos produce, el monstruo más horrendo,  
Que no cede al valor ni á la paciencia.  
Hiere el desden; y al paso que va hiriendo,  
Cual la lanza de Aquiles, sanar suele,  
El ofendido orgullo conmoviendo.  
Aunque entre halagos la inconstancia vele  
Su pérfina crueldad, el desengaño  
Destroza el lazo vil, que agrada y duele.  
Sabe sufrir un año y otro año,  
Combatiendo al amor el pecho fuerte,  
Que descubrió una vez su torpe engaño.  
Y si tu amado bien robó la muerte,  
Muere y descansa; que en la muerte acaba  
Todo el poder de la implacable suerte.

Mas ¡ay! la ausencia ¡qué dolor no agrava!  
Ni ¡qué dulce esperanza la consuela,  
De la sospecha vil tímida esclava?

Tal vez injusto el corazón recela  
(Perdona, Elisa, á un desgraciado amante)  
Que un amor más dichoso te desvela;  
Y tal vez temo, si pasión constante,  
Belleza y juventud yertos despojos  
Fueron ya de la tumba devorante.

El sospechado mal ciertos enojos  
Me causa, y en mi acerba desventura,  
Cuanto puede temer lloran mis ojos.

Feliz tú, amigo, que en la pena dura  
De tantos miserables compañero,  
Tienes cierto consuelo á su amargura.

De tu esposa el halago placentero,  
Interpuesto al dolor que te persiga,  
Sus iras quebrará y el golpe fiero.

¿Qué puedes, suerte acerba y enemiga,  
Cuando te ensañas más, contra un dichoso,  
Que estrecha al seno su adorada amiga?

Su bondad dulce y celo afectuoso  
Te formarán con plácidas caricias  
De ternura y virtud el nudo hermoso.

Hasta las penas te serán propicias;  
Que del amor el beso regalado  
En ventura las trueca y en delicias.

Yo en tanto solo, misero, privado  
De consuelo, lamento con mi pena  
Las de mi ausente bien é idolatrado.

Cada ay que exhala la ribera amena  
Do otro tiempo el amor nos sonreía,  
En mi afligido corazón resuena.

Quizá en el seno de la verde umbría  
Buscas, mi dulce bien, aquella fuente  
Primer testigo de la gloria mía.

Y su escondida y plácida corriente  
Llorando aumentas, y al laurel imprimes,  
Do tu nombre grabé, beso doliente.

Tal vez si el llanto tímido reprimes  
Entre el odioso popular ruido,  
Con tu mudo pesar el pecho oprimes.

Desgraciada beldad, si á tu gemido  
Es consuelo saber que de tus males,  
Mas infelice yo, nunca me olvido,

Juro por esos ojos celestiales,  
Hechizo y ya tormento de mi pecho,  
Abrasado con fuegos inmortales,

Que hasta yacer exánime y deshecho  
El tierno corazón que en tí vivía,  
Penará, siendo tuyo, satisfecho.

Yo te he enseñado, dulce amada mía,  
La senda del placer; ora te enseño  
A contrastar la adversidad impía.

Fácil es de la dicha el blando sueño;  
Mas ¡quién guardó á un ausente fiel memoria,  
Si el destino críel muestra su ceño?

Aspiremos, mi bien, á esta victoria,  
Que hay también en las selvas de Cupido  
Para el constante amor laurel de gloria.

Ya, generoso amigo, ya has sabido  
La acerba causa de mi eterno duelo;  
Compasión y amistad sólo te pido,

Pues no es posible á mi dolor consuelo,

## XVI.

## LA RECONCILIACION IMPOSIBLE.

Mujer que destrozó con furia impía  
De un casi eterno amor los firmes lazos,  
No espere ver amigo entre sus brazos  
Al que engañado amante fué algun día.

Puede estimar un triste desdenado  
El rigor que se opone á su fineza;  
Que no es culpa el desden en la belleza,  
Ni es ignominia al fin no ser amado.

Suspéndase á los celos la venganza;  
Que aunque el herido pecho sienta el daño,  
La prontitud de un útil desengaño  
A perdonar convida la mudanza.

Mas olvidar un siglo de caricias,  
Dorar con falsedades el olvido,  
Calumniar el amor más encendido,  
Y acusar como culpas sus delicias,

¿Quién lo sufre? La infiel que cruda hiere  
Y luego injuria, su sentencia escribe;  
Que el amor que á los celos sobrevive,  
Bajo la espada del agravio muere.

Tus perfidias, Elisa, disiparon  
La ilusión dulce que adoraba ciego;  
Y ¡áun buscas, necia, de amistad el fuego  
En cenizas de amor, que ya volaron!

Pregunta dónde está mi antigua llama,  
No á mí, sino á tu pecho fementido,  
Que, ya de furias, ya de amores nido,  
Jamás conoce si aborrece ó ama.

De tu incierto cariño é inconstante  
Sufre, necia beldad, la justa pena;  
Que no vuelve á la pérfida cadena,  
Una vez libre, el injuriado amante.

Nunca, Elisa falaz, nunca me amaste;  
¿Cuándo pecho amoroso fué inclemente?  
¿Por qué me heriste, infiel, si era inocente?  
¿Por qué, si criminal, no perdonaste?

O en fin, si tan sañuda me aborreces,  
Y tu halago en furor lloré trocado,  
¿Por qué, ya aborrecido é insultado,  
El dulce afecto de amistad me ofreces?

¡Ah! quédate con él; con él convida  
A un alma menos tierna ó más paciente;  
Ni soy tan necio yo, que hacer intente  
Amiga fiel de amante envilecida.

## XVII.

## Á SERAFINA.

(Imitación de Horacio.)

¿Qué lloras, Serafina? El caro esposo,  
Que te robó el destino,  
Volverá á tí más tierno y amoroso.  
Si Marte despiadado  
De los campos del Bétis cristalino  
A las australes playas lo ha arrojado,  
No tu cariño olvida;  
Que su prenda te llama y dulce vida.

Esgrime contra el fiero independiente,  
Mientras que brilla el día,  
Fiel á patria y á amor, la espada ardiente;  
Y cuando restituye  
El descanso común la noche umbría,  
El grato sueño de sus ojos huye,  
Y en solitario lecho  
Tu ausencia gime, en lágrimas deshecho.

Al donaire, las gracias, la hermosura  
De mil nuevas beldades  
Prefiere de su pena la amargura.  
Ciegas por él suspiran;  
Ya con artes de amor, ya con verdades  
Al firme corazón flechas le tiran:  
En vano; que al mar fiero  
No es erizado escollo tan entero.

Tú, empero, teme que al audaz Silvano  
Más de lo justo quieras;

Aunque ninguna lira el verde llano  
Ni los frescos abrigos  
Mejor llene en las vándalas riberas,  
Ni alguno entre sus jóvenes amigos  
Por el prado ó la selva  
El bridon cordobes más diestro vuelva.

Cierra temprana tu modesta puerta,  
Ni á su amoroso canto  
Dé entrada fácil la ventana abierta;  
Ni mires cuidadosa  
Si espera insomne de la aurora el llanto;  
Y aunque al són de la cítara quejosa  
Te llame ingrata y fiera,  
En el cauto desden tú persevera.

## XVIII.

## EL CUMPLEAÑOS DE CELMIRA.

*Scribe quod quævis nosse puella velit.*  
PROPERC.

Plácido vuelve el delicioso día  
Que tus floridos años,  
Linda Celmira, y tu beldad aumenta;  
Y al despuntar en el rosado oriente,  
Con sus trinos suaves

Lo aplaude el coro de las dulces aves.  
Sereno brilla el cielo; el prado ríe;  
Ríe la fresca selva,  
Que de verdor temprano se engalana;

Alegre el claro sol comienza el día  
Tras la risueña aurora,  
Y el pastor amoroso sólo llora.

Lágrimas vierte de ternura y fuego  
Al ver la peregrina  
Deidad que ilustra el olivoso Bétis;

Y «¡quién, clama, los ojos vencedores  
Podrá ver de Celmira,  
Sin probar del amor la infausta ira?

»Aquellos labios de rubí, encendidos,  
Los labios son que Psiquis  
Al escondido amor cedió turbada;  
Y el ondeante y nítido cabello  
Es la guirnalda umbrosa

Que ciñe en el cenit la luna hermosa.  
»El ámbar puro de su puro aliento  
Es la esencia que roba  
A las rosas el céfiro atrevido;

Y su voz celestial, el dulce canto  
Con que blandos amores  
Vénus inspira al dios de los furoros.  
»Su risa virginal, la luz templada  
Que el alba vierte al prado,  
Cuando riega las flores; su albo seno,  
Doble colina, cuya falda cubre  
Tesoro apetecido,

Que el mismo amor contempla enardecido.  
»Arde, pastores, ya; cual corre el hielo,  
En ondas desatado,  
Ante el sol de caliente primavera,  
Así á tu vista el corazón más duro  
Se abrasa en dulce fuego,  
Por tí anhela y renuncia á su sosiego.

»Dos giros hoy añade á los tres lustros  
De tu edad venturosa  
El claro Apolo. Joven azucena,  
Que en el pensil de amor brillas temprana,  
Quien tu hermosura viere,  
Nunca otra vez la libertad espere.»

Así llora el pastor. Tu nombre graba  
Del álamo en el tronco,  
Y de amorosas quejas llena el viento;  
Sólo suena en las márgenes del Bétis  
El nombre de Celmira,  
Y el eco en los collados lo suspira.

Mas tú, gozosa en tu beldad lozana,  
De amor burlas las iras  
Y el arco triunfador; su arpon ardiente  
Te perdonó hasta ahora, y á tus juegos  
La inocencia sonríe  
Y sosegada juventud te engrie,

Sólo te place la rosada mano  
Por el blando instrumento  
Llevar, enajenada en su armonía;  
O bien gozar del baile, tu delicia,  
El rumor placentero,  
Moviendo al dulce són el pié ligero.

¡Ay, cuánto fuego enciendes! Bien enlaces  
El torneado brazo  
Al feliz compañero; bien rehuyas  
El lindo cuerpo con desden nativo,  
O bien sueño amoroso  
Finjas sobre su brazo venturoso.

¡Terpsicore del Bétis! Cuantas ninfas  
Por sus riberas danzan,  
En aire y gala superior te envidian.  
¡Ay! mientras el zagal tus pasos sigue  
Con amoroso anhelo,  
Tú, descuidada, burlas su desvelo.

No siempre así será. La pura llama,  
Que tú inspiras, probando,  
De dulce amor palpitará tu seno;  
Por tu mejilla delicioso llanto  
Correrá en blando giro,  
Y exhalarás su plácido suspiro.

Si, Celmira; las gracias que benigna  
Te prodigó natura,  
No en vano anuncian tu sensible pecho,  
Nacido para amar y ser amado.  
Y ¡á quién guarda el destino  
De tu dulce ternura el dón divino?

El mismo Adónis le verá envidioso  
Desde el gremio de Vénus;  
Cupido mismo dejará á su Psiquis  
En los lechos de Gnido solitaria,  
Y el nombre de tu amado  
Coronará del mirto enamorado.

En tanto oye benigna las canciones  
Que tu beldad celebran;  
Esta es la lira que cantó de Elisa  
La constancia y amor, é hizo su nombre  
En el Bétis famoso,  
Y del olvido y tiempo victorioso.

Lira feliz, que de laurel eterno  
É inmarcesibles rosas  
Apolo rodeó; su verde mirto  
Le ciñó la deidad de los amores;  
Y de su fuego llena,  
Sólo ternura, sólo amor resuena.

Ora es tuya. Hermosísima Celmira,  
Yo vi varias bellezas;  
Cual me hechizó por el mirar sereno  
De sus lucientes ojos. Ya en los labios,  
Ya en dorado cabello  
Me hirió el amor ó en el tornátil cuello.

Yo las canté, De la beldad divina  
Amador entusiasta,  
Doquier la vi adoré su pura imágen;  
Mas ¡ay! que sólo en tí reunió Cupido  
Las gracias celebradas,  
Que en mil hermosas brillan separadas.

Salve, oh bella; tu nombre, repetido  
En las vandalias liras,  
Llenará siempre el delicioso márgen  
Del claro Bétis; vivirá en su vega  
Tu querida memoria,  
Y crecerá en sus álamos tu gloria.

## XIX.

## LA AUSENCIA.

(Traducción de Léonard.)

Partió mi bien á la lejána aldea,  
¡Ay! ya la selva umbría  
O el pintado verjel ¡á quién recrea?  
Huyó el campo, desnudo de alegría,  
La madre de las flores,  
Y abandona el amor nuestros pastores.

Entre aquellas colinas, Dóris bella,  
Te robaste á mis ojos,

Céfiro, si has pasado junto á ella,  
Vén, y consuete al ménos mis enojos  
El ámbar regalado  
Que su labio de rosa ha respirado.  
Y ¿cuál árbol feliz ora le ofrece  
Su plácida frescura?  
¿Qué prados su nevado pié florece?  
¿En qué fuente contempla su hermosura?  
O ¿cuál floresta amena  
Con su canto dulcísimo resuena?  
¡Ay, quién fuera la flor de su tocado,  
O la cinta que enlaza  
Su seno, ó de su pié blanco calzado,  
O en sus vestidos ondeante gaza,  
O el pajarillo ufano  
Que ella besa y regala con su manol!  
Tú, ruiseñor, al nido delicioso,  
Do el placer te convida,  
Vuelas. ¡Ay! vuela, miéntras yo envidioso  
La prenda lloro de mi amor perdida;  
Si tuviera tu vuelo,  
¿Cuán pronto fuera donde está mi cielo!  
Ya ¿qué me importan las pintadas flores  
De la verde pradera  
Que me vieron feliz; los resplandores  
Del sol ni la apacible primavera,  
Ni el aura que respiro,  
Ni cielo y campo, si á mi bien no miro?  
Mas tú, mi amada, entre el rumor nocivo  
De bulliciosas fiestas,  
¿Olvidarás nuestro cantar nativo,  
Y el placer que animaba tus florestas,  
Y la danza inocente  
Y las guirnaldas que ceñí á tu frente?  
¡Ay! no me dejes. Morirá tu amante,  
Si la dulce ternura  
Que ardió en tu pecho, apagas inconstante.  
Puede rendirse esclavo á tu belleza  
Un pastor más hermoso;  
Mas ¿dónde lo hallarás tan amoroso?  
Regálate en la imágen de tu ausente  
Cuando el alba amanezca,  
Y al morir y al nacer el sol ardiente;  
Que el delicioso sueño te la ofrezca,  
Y que sea, mi gloria,  
Cuando despiertes, tu primer memoria.  
Si adorada te ves de nuevo amante,  
Nuestro primer momento  
Recuerda; coloraba mi semblante  
La timidez, y el corazon sediento  
En mis ojos brillaba  
Y en mis trémulos labios palpitaba.  
El dulce valle que moré contigo,  
Ya es triste y enojoso;  
Huyo la voz de mi mejor amigo;  
Cuanto amé en otro tiempo me es odioso;  
Y en tan amargo duelo  
Pido mi Dóris al amor y al cielo.  
Estas las flores son do descansabas;  
Cantando aquí á tu lado  
Risueña y cariñosa me mirabas;  
Allí unido pació nuestro ganado;  
Allá me despedía  
Cuando al ocaso se lanzaba el día.  
Volved, volved, momentos deliciosos;  
Vuelve tú, dulce amada,  
A animar estos bosques silenciosos;  
Y al tono de la flauta enamorada,  
Mis cantos de alegría  
Despertarán los ecos de la umbría.

## XX.

## CELIA Á ANFRISO.

Ya, caro Anfriso, de la flecha impía  
Tu tierno corazon gemirá herido,  
Que destruyó mi rápida alegría.  
Y el llanto de amistad habrás vertido  
Sobre su tumba, y á la sombra helada  
El homenaje del dolor rendido.

Y ¿por qué á esta infeliz desesperada,  
En su inelencencia, le negó la suerte  
Ver por lo ménos la ceniza amada?  
Yo hubiera con mi abrazo en nudo fuerte  
Su espíritu ligado; yo la presa  
Robado hubiera á la implacable muerte;  
Y sobre el yerto labio, ya pavesa  
De mustia llama, con mi labio ardiente  
La vida del amor dejara impresa.  
Yo penetrara de vigor caliente  
Sus medio helados miembros; yo volviera  
El fresco lirio á la amarilla frente;  
Y á los ojos que cubre noche fiera,  
Envidia un tiempo del rosado día,  
La alegre claridad restituyera.  
Compasiva tal vez la Parca oiría  
Mi angustiado gemir; mi tierno llanto  
Los reinos del horror conmoviera;  
Y si el lloro de amor no puede tanto,  
Muriera con mi bien; este consuelo  
No negará el destino á mi quebranto.  
Ora sólo la imágen de mi duelo  
Y la voz de aflicción desconsolada  
Concede á mi dolor el crudo cielo.  
En la campiña mustia y apartada  
El dulce nombre de mi bien perdido  
A los vientos entrego lastimada.  
Murio *Aléxis*, me vuelve en su bramido  
El silboso aquilon de la montaña;  
Murio, me vuelve el noto enfurecido.  
Tal vez la vista fijo en la campaña,  
Que de verdor eterno coronado,  
El cristalino Bétis sesgo baña;  
Allí mi pecho libre y descuidado  
El solaz grato de la edad primera  
Gozó en alegres juegos regalado.  
De la amistad la llama placentera,  
Que brilla sin quemar, y amor paterno  
Único fin de mis cuidados era.  
¡Ah! no entónces temí que en fuego interno  
Se abrasáran mis venas, ni el destino  
Me condenase á suspirar eterno.  
Mas ¡ay! que cuando el cielo más benino  
Me sonrió, á desdichas inmortales  
El despiadado amor me abrió el camino.  
Allí al autor querido de mis males  
Vi; allí le amé, y amor correspondido  
Nos coronó de rosas celestiales.  
Tú, Anfriso, con los dos en lazo unido  
De amistad generosa, tú notaste  
El incendio crecer no resistido.  
¿Por qué, cruel, la llama no atajaste  
En su nacer con oportuno aviso?  
¿Por qué el fuego mortífero aprobaste?  
Mas todo fué para mi mal preciso,  
Si el amor y la suerte conjurados,  
En mí su ira probar el cielo quiso.  
¿Quién me diera, oh amigo, que inundados  
De las letéas aguas mis sentidos,  
Quedáran tantos bienes olvidados?  
Dulces bienes de amor, ¿por qué sois idos?  
Y si sois idos ya, de mi memoria  
Para siempre volad, volad perdidos.  
Pregunta, Anfriso, mi amorosa historia  
Del verde tronco á la corteza fria,  
Donde impresa á su par creció mi gloria.  
Pregunta al valle, á la enramada umbría,  
Al prado, al monte, al río; todos fueron  
Caros testigos de la dicha mía.  
Si las tinieblas lóbregas huyeron  
De la naciente aurora, venturosa,  
Mi dulce *Aléxis* celebrar me vieron.  
Y si cubrió la noche pavorosa  
Los cielos, por su ausencia suspirando  
Me sorprendió la luna silenciosa.  
Todo era amor, Favonio susurrando  
Entre las flores; manso el arroyuelo  
Las tranquilas riberas halagando;  
El dulce resplandor del claro cielo,  
El trinar de las aves, la alegría,  
Que vierte el alba en el sediento suelo;  
Todo hablaba de amor al alma mía;

Y de mi pecho á la emoción ardiente  
Encantado mi *Aléxis* sonreía.  
¡Ay! de tanto placer, cielo inclemente,  
Ya ¿qué nos resta?... un túmulo lejano  
Y de mis ojos la perenne fuente.  
Ni esparcir puede mi amorosa mano  
Las flores del dolor sobre su losá,  
Y el dolorido llanto pierdo en vano.  
¡Cayera donde mora silenciosa  
En sueño eterno su ceniza cara,  
Y allí espirara Celia venturosa!  
Mas (lo que puedo) á la funesta ara  
En gemidos sin fin el alma envío,  
Que ya á seguir su sombra se prepara.  
Vuela á su tumba, tú, suspiro mio,  
Y clama sin cesar: «Amor eterno,  
Que anime el polvo del sepulcro frio.»  
En él encerró ya mi afecto tierno  
El malogrado *Aléxis*; allí viva,  
Y gócelo en olvido sempiterno.  
Que ya de nuevo amor nueva cautiva,  
No me verán formar nuevos enlaces,  
De mis primeros nudos fugitiva.  
¿Qué á mí de los pastores los solaces,  
El celoso pesar ni la alegría,  
Las falsas guerras ni las blandas paces?  
Dulce y perdido bien del alma mía,  
Si más allá de la inflexible muerte  
Dura el ardor con que me amaste un día,  
El voto acepta y lágrimas que vierte,  
Por siempre tuyo, mi amoroso pecho;  
Tus manes adorar será mi suerte.  
Y en mi dulce morir, un mismo helecho  
Cubra nuestra ceniza enamorada;  
Y el peregrino, en lágrimas deshecho,  
Dirá: «De Celia, amante y desgraciada,  
La Parca marchitó la edad florida,  
Mas no el amor; hasta en la tumba helada  
A su adorado *Aléxis* yace unida.»

## XXI.

A Aletino, que abandonó el estudio y las Musas por el amor.

Aletino, ya en fin de amor anhelas  
Los pérfidos placeres.  
El fuego devorante  
Que consume tu pecho, en vano celas.  
Ya el hijo de *Citéres*  
Arboló contra tí su arpon triunfante,  
Y entre el sumiso bando  
Del carro de su gloria vas tirando.  
Y ¿de qué rubio y nitido cabello  
Se labró tu cadena  
De esclavitud? ¿Cuál mano  
De rosa y de jazmin la echó á tu cuello,  
Que ni la cumbre amena  
Visitas ya del Pindo soberano,  
Ni en las nocturnas horas  
El santo númer de *Minerva* adoras?  
¿Y quién negará ya que á la árdua sierra  
Subir pueda el torrente,  
O *Bétis* cristalino  
Dejar ceñudo la tartesia tierra,  
Y su mansa corriente  
Llevar al cauce del *Genil* divino,  
Si las sábias taréas  
Truecas tú por las lides *citeréas*.  
¡Ah! mejor prometiste. Vuelve al seno  
De la amiga *Helicon*;  
La márgen esmaltada  
Otra vez corre del *Permeso* ameno,  
Do el lauro y la corona,  
Por la dulce *Melpómene* enlazada,  
Y enardecido aliento  
Febo te dió y el plácido instrumento.  
Mas ¿quién podrá la flecha emponzoñada  
Del seno desclavarse?  
¿Quién podrá hacer que olvide  
Su dulce error un alma enamorada?  
Verás al indio helarse

Bajo el fuego inmortal que *Aries* despiende,  
Antes que de sus brazos  
Inexperto amator rompa los lazos.

## XXII.

## EL DESENGAÑO.

Renace la estacion de los amores,  
Y el apacible aliento  
Del céfiro vernal la tierra inflama;  
Ya la desnuda rama  
Se ciñe de hojas mil; crecen las flores  
En el herboso asiento.  
Su velo ceniciento  
Depone la enramada; el alba llueve  
Sus fecundos aljófares al prado,  
Y el cierzo destemplado  
Duerme en el polo sobre estéril nieve.  
Ves, caro *Albino*, en la feraz campiña  
La halagüeña esmeralda  
Con que borda su manto primavera;  
Ya convertirse espera  
En la dorada mies, que á *Céres* ciñe  
Mas preciada guirnalda.  
Ya descubre su espalda  
Libre de hielo el monte; ya florece  
El matizado *Abril* la inculca breña,  
Y en la tajada peña  
El lentisco oloroso retoñece.  
El cándido rebaño en las praderas  
Pacé la hierba fria,  
Que esmalta el agua del raudal sonoro;  
En bullicioso coro  
Vagan las zagalejas placenteras  
Por la floresta umbría.  
Nace el rosado día;  
De las pintadas alas el rocío  
Sacude el ave y por la selva gira;  
Gozo el valle respira,  
Gozo resuena el viento, gozo el río.  
Mas ¡ay de mí! yo peno. En la natura  
Es sólo desdichado  
Tu Anfriso. Al pié de la colina verde  
Que caudalosa muere  
Del padre *Bétis* la corriente pura,  
Gimo y maldigo el hado.  
Ni el resplandor templado  
Que *Febo* enciende en el alegre cielo,  
Ni la noche siguiendo por la esfera  
Su esmaltada carrera,  
Término dan á mi continuo duelo.  
Recuerdo triste el curso presuroso  
De mi edad descuidada  
Por el injusto amor acelerado;  
Tan en balde esperado  
El bien, y el mal tan cierto y tan costoso,  
Y la paz suspirada  
Para siempre ahuyentada  
Del corazon. Cual ábrego violento  
Voló el placer de un año y otro año,  
Y el tardo desengaño  
Vino en pos de aquel pérfido contento.  
Así tal vez por calles pedregosas  
Corre el turbio arroyuelo,  
Que al apartado mar raudó se aleja,  
Y cieno ingrato deja,  
Miéntras sus ondas bajan presurosas,  
En el estéril suelo.  
¡Ay! con ligero vuelo  
Pasó la verde juventud; pasaron  
Con ella risas, juegos y cantares,  
Y de eternos pesares  
El vestigio infeliz sólo dejaron.  
Un tiempo, un tiempo en el amable seno  
De la inocencia pura  
Tranquilo reposé: con faz risueña  
Me acarició halagüeña,  
Y gocé libre y de inquietud ajeno  
Su celestial dulzura.  
Mas ¡ay! con mano dura,

Con mano irresistible al mortal brío,  
Me arrancaste, oh amor, de su regazo,  
Y en tu funesto lazo  
Mi tierno pecho encadenaste impío.  
Yo, simple, te adoraba, y tus loores  
Y tu halago mentido  
En lira juvenil canté gozoso;  
Mi lira, que amoroso  
El padre Delio engrinaldó de flores  
Y del lauro querido,  
Ora en infausto olvido  
Yace, rotpido el plectro y cuerdas de oro,  
Mustio el laurel, las flores marchitadas  
Entre el polvo pisadas,  
Y el triste dueño en miserable lloro.  
Mas tú, amor, que embelleces la natura,  
Y en pez, en ave y fiera  
La delicia y el sér benigno inspiras,  
¿Por qué ejerces tus iras  
Sólo contra el mortal? Beber procura  
Tu copa lisonjera;  
¿Por qué ponzoña fiera  
Le das en ella, si el placer brindaste?  
Hiere blando tu arpon, dulce, apacible  
En la planta insensible,  
¿Y al hombre sin piedad lo enarbolaste!  
Sepultada en el hielo desfallece  
Del Diciembre nevoso  
La tierna rosa, honor de la pradera;  
Mas si á la primavera  
El amante favonioso blando mece  
Su vástago espinoso,  
Del soplo cariñoso  
Siente la inspiracion, y conmovida,  
Las bellas hojas tímida despliega,  
Y á amor su seno entrega,  
Y es delicia y placer su corta vida.  
¿Dichosa flor! la juventud de un dia  
Gozas brillante, y mueres  
Sin ver la triste luz del desengaño.  
Yo, infeliz, por mi daño,  
Tu númen invoqué, razon impía,  
Y más funesta eres  
Que los falsos placeres.  
Tú disipaste el dulce devaneo  
Que me halagaba, y dejas su memoria;  
O vuélveme mi gloria,  
O de gozarla quitame el deseo.

## XXIII.

## VÉNUS BUSCANDO AL AMOR.

(Traducción del Tasso.)

Reina inmortal de la tercer esfera,  
Hoy en la tierra busco  
Al fugitivo amor, mi dulce hijo.  
Jugando ayer en mi encantado gremio,  
O maligno ó incauto,  
Me hirió el costado con su flecha de oro;  
Y huyendo del castigo,  
Pasó los aires súbito volando,  
Ni sé dónde se oculta mi tesoro.  
Recobrarle es mi afán: registré luégo  
Todo mi cielo de una en otra parte,  
Y la esfera de Marte,  
Y cuantas dora con su hermoso fuego  
El gran padre del dia,  
Y en ninguna encontré la gloria mia.  
Ora, blandos mortales, pues mil veces  
Habita vuestro suelo,  
Vengo á ver si por dicha aquí ha bajado.  
No espero entre vosotras encontrarle,  
Oh bellas ninfas; que aunque osado juegue,  
Risueño, con el oro ensortijado,  
Y en torno de las rosas  
Del semblante gentil vuela suave,  
Y pidades reclama,  
Y pide albergue, vuestro pecho esquivo  
Rechaza al niño y su sabrosa llama;

Mas los hombres amantes  
En su pecho corteses le reciben.  
Amigos, ¿dónde está mi amor amado?  
Quien me lo diga tome de mi boca  
Por galardón el beso más suave  
Que Vénus sepa dar; y el que dichoso  
Le vuelva á mi regazo  
De su destierro voluntario, espere  
Otro premio mayor, el más precioso  
Que puedo conceder, aunque conceda  
Del amor la extendida monarquía:  
Yo por el lago Estigio  
Juro cumplir la celestial promesa.  
¿Dónde está amor? ¿Ninguno me responde?  
¿Todos callan? Quizá yace escondido;  
Quizá del hombro las pintadas alas  
Dejó, y del brazo el pasador temido,  
Y vive entre vosotros ignorado.  
Mas yo sus señas os daré, que bastan  
Para burlar su astucia.  
Aunque de edad y de perfidia cuenta  
Muchos siglos, es niño, y tan travieso,  
Que á cada instante muda sitio y forma,  
Juguetero y versátil; mas su juego  
Lleno está de peligro. Fácilmente  
Prende y se apaga su iracundo fuego,  
Y casi en un momento llora y rie.  
Su cabello, encrepado en rizos de oro  
Y poblado en la frente,  
Como los tiene la fortuna vária;  
Mas si vuelve la espalda, no hay alguno  
De que asirse pueda. Sus colores  
Más vivos son que la encendida llama;  
Su lascivo mirar pérfida risa  
Al soslayo derrama;  
Siempre en giro veloz los ojos mueve  
Y á fijar las miradas no se atreve.  
Su lengua, que parece en miel suave  
Bañada de continuo,  
Forma palabras dulces y graciosas,  
Y aunque tal vez truncadas é imperfectas,  
Son claras é ingeniosas.  
En sus labios parece blanda risa,  
Y la perfidia y los engaños todos  
Aquella risa encubre,  
Cual entre ramo y flor fiera serpiente.  
Primero humildemente,  
Cual pobre peregrino,  
Pide el niño por gracia una guarida;  
Mas en el pecho incauto ya acogido,  
Se ensoberbece y manda  
Altivo é insolente;  
Las llaves arrebatada  
Del corazón; arroja al dueño antiguo,  
Y otro nuevo entroniza;  
La razon esclaviza;  
Quita é impone leyes;  
El que huésped entró, manda tirano;  
Y al que se opone á su sañudo imperio,  
Persigue y acongoja el inhumano.  
Os dije ya sus señas;  
Si entre vosotros vive, yo os suplico  
Que digais dónde está. ¿Sigue el silencio?  
¿Pensais quizá ocultármelo? ¿Quién pudo  
Tener amor oculto, simplecillos?  
Pronto los ojos y la lengua indicios  
Darán del huésped pérfido. El insano  
Que en su pecho quisiera  
Cruda sierpe esconder, con grito agudo  
Vendrá al fin lastimado á descubrirla.  
Mas pues aquí no encuentro  
Al hijo de mi amor, ántes que vuelva  
A la esfera celeste,  
Buscarle quiero en apartados climas.

## XXIV.

## EN LAS BODAS DE MIRTILA.

Desde los mares de mi patria suena  
El canto del amor; ¿qué ninfa hermosa,

Qué celeste vision ora conduces,  
Alma Vénus, al ara de Himeneo?  
Mirtila, gloria de los dulces prados,  
Que dora el sol cayendo al occidente  
Con sonrisa benigna, de Cupido  
Al fin sintió los plácidos ardores.  
Amor, supremo dueño de los seres,  
Hoy erige su trono entre las hijas  
Del africano mar; islas felices,  
Que veis al astro abrasador del cielo  
Templar cansado en vuestras frescas ondas  
Su guirnalda de luces fulminante,  
No envidieis ya de Chipre ni Citera  
Los deleitosos valles. Nueva Psíquís,  
Por lo que amor dejara la de Gnido  
En su lecho de aromas, las orillas  
Del Atlántico piélagos hermosa.  
Está en su rostro la brillante nieve  
Templada con la rosa; y la benigna  
Luz de sus ojos sobre el campo esparce  
El plácido calor del sol naciente;  
La pura risa de la blanca aurora  
Tiñe sus labios; su gracioso seno  
Es la colina, que en su falda cubre  
Los tesoros de amor; su hablar suave  
Es el canto de Vénus, con que á Adónis  
Halagó blanda en su hechizado gremio.  
No ya, felices campos de mi patria,  
Veréis yacer en inocencia inútil  
Tan bella flor, ni sola y sin amores  
Temer del tiempo la fatal guadaña.  
No, Mirtila; la gracia encantadora,  
El rostro de beldad, los ricos dones  
Con que adornó Cupido tu hermosura,  
No estériles serán. De ardor suave  
Tus ojos se animaron; y aquel fuego  
Que en el pecho del jóven venturoso  
Encendiste, hechizando su existencia,  
Por el tuyo de nieve se dilata.  
Entre cándidos lirios respandecé  
La rosa del pudor sobre tu rostro,  
Y en tu hablar apacible se desliza  
El gemido de amor: tu tierno pecho  
Bate y suspira, y en los bellos ojos  
Los rayos de Cupido centellean.  
Beldad, tú del hermoso amor recibes  
Las más celestes gracias; á él las vuelves.  
Deja, Mirtila, que tus sienas orle  
Su guirnalda de rosas; son cogidas  
En el verjel de Idalia; con suspiros  
Y lágrimas amantes florecieron;  
Tejióla amor, y á tus hermosas plantas  
Los juegos y las risas la presentan.  
Fecundidad sonríe; tu hermosura  
Mirará el genial lecho retratada  
En venturosa prole, que en mil nudos  
Estrechará los lazos de Himeneo;  
Y amor feliz y amor correspondido  
Y amor sin fin coronará tus dias.  
Mas ¿dó vuelo? ¿qué canto desusado  
El pecho herviente llena? Del Permeso  
Miro correr las cristalinas ondas;  
Estas son, Pindo, tus umbrosas selvas;  
Aquél el valle de Helicon; la fuente  
Do reside el espíritu del canto,  
De la Castalia cumbre se desata.  
Tu elogio son, Mirtila, dulces himnos  
Que resuena el Parnaso. El dios de Delo  
Así canta en la cítara divina,  
Que enfrena el fiero piélagos y del Noto  
Acalla el ronco horrisono bramido:  
«Ninfas del Pindo umbroso, entre las flores  
Que la guirnalda de la esposa bella  
Tejen, y el mirto de la idalia márgen,  
Entrelazad el lauro de Helicon.  
Las artes, que otro tiempo su delicia  
Y dulce encanto de su edad primera  
Fueron, hoy la coronen; que no en vano,  
Bella Mirtila, tu naciente seno  
Para el amor formaron. Las lecciones  
Que al sencillo pastor dictó Cupido  
En el sonido de la ruda avena,

No en vano las oiste. El Euro blando,  
El manso susurrar del sesgo rio,  
Céfiro entre las flores bullicioso,  
Imágen son de amor. Jóven felice,  
No sólo el puro rostro de Diana  
Y las gracias de Vénus en tus brazos  
Al pecho amante estrechas; cuanto el cielo  
Pudo inspirar de sus celestes dones,  
El candor virginal, la fe constante,  
La piedad dulce, el ánimo modesto,  
Por las sensibles Musas instruido,  
Y al que no encubre avara sus tesoros  
Naturaleza, un genio sobrehumano  
En tu dichoso seno se recata.  
¡Ah! goza; del placer la dulce fuente,  
Que amor te brinda, agota; sé de amantes  
El modelo y la envidia, y de Mirtila  
Gloria y felicidad; y ántes que el alba  
Colore al Teyde de su luz serena,  
Recibe el dulce beso de Himeneo.»

## XXV.

FRAGMENTOS DE UNA NUEVA ÓPERA  
DE REINALDO Y ARMIDA.

ARMIDA.

¿Qué tranquilo descansa  
Mi dulce amor! y en su apacible sueño,  
¿Qué hermoso el alma toda me enajena!  
Deslízate callada, pura fuente;  
No canteis, avecillas, ni sus alas  
Mueva el céfiro blando;  
Que está el bien de mi vida descansando.  
Duerme, y á tu memoria  
Ofrezca, dulce dueño,  
El delicioso sueño  
La imágen de mi amor;  
Que si olvidarme puedes  
En ese breve instante,  
Para mi pecho amante  
Es siglo de dolor.  
Tierno corazón mio,  
¿Por qué recelas, di? ¿Por qué te agitas?  
El héroe que idolatras  
Corresponde á tu amor. Mas ¡ay! ¿qué pecho,  
En su pasión constante,  
Perder no teme á su adorado amante?  
Mas el temor es vano,  
Inútil el desvelo,  
Y ofende mi recelo  
Su noble corazón;  
Que ingrata ser no puede  
Un alma noble y pura,  
Y el triunfo me asegura  
Mi encanto y su pasión.

ARMIDA.

Sólo eres tú del alma  
La gloria y la ventura.

REINALDO.

La vida es muerte dura  
¡Ay dulce amor! sin tí.

ARMIDA.

¿Me olvidarás, Reinaldo?

REINALDO.

Soy firme, y soy tu amante.

LOS DOS.

Guarda mi bien constante,  
El alma que te di.  
Oye mi tierno ruego,  
Oh dios de los amores,  
Y en { lazo afortunado,  
          { paz afortunada,  
Yo viva por mi { amado,  
                          { amada,  
Mi { amado } viva en mi,  
          { amada }

## CORO DE CRUZADOS.

Vén, defensor de la cruz,  
Deja esta pérdida tierra;  
Rompe, oh rayo de la guerra,  
Las cadenas del placer.

## UBALDO.

Fué su primer deseo  
La lid y la victoria,  
Y al nombre de la gloria  
Mis pasos seguirá.  
O libraré mi amigo  
Del torpe hechizo fiero,  
O su olvidado acero  
Mi sangre teñirá.

## REINALDO.

¿Qué soldados son éstos?... Mas ¿qué veo?  
Ubaldo, dulce amigo....

## UBALDO.

¿Quién eres tú?

## REINALDO.

¿Y á tu querido alumno  
Desconociste ya?

## UBALDO.

Mi alumno era  
Rayo de Marte, altivo, generoso,  
Gloria de Italia y de la cruz defensa;  
Tú en ocio torpe y bajo el torpe hechizo  
De mágica hermosura,  
Halagada de pérfidos placeres;  
¡Ah! perdona; Reinaldo tú no eres.

## REINALDO.

Si es el amor delito,  
Nadie será inocente;  
De amor la llama siente  
El aire, tierra y mar;  
Y hasta el leon furioso,  
Del dulce fuego herido,  
En áspero rugido  
Lecciones da de amar.

## UBALDO.

Ama, pues, bello jóven;  
Cuando en Salen, á su valor rendida,  
Tremolen la cruz santa los cristianos,  
Dirán: *Venga Reinaldo, ya no hay riesgo;*  
Y añadirán: *Cuando en sangrientas lides*  
*Junto á los sacros muros*  
*La Europa con el Asia batallaba,*  
*Reinaldo de cobarde se ocultaba.*

## REINALDO.

¡Cobarde yo!... ¡oh injuria!....  
Mas ¡ay! bien merecida....  
¡Oh oprobio de mi vida!....  
Que tiemblen mi furor.

## UBALDO.

Ya triunfo; ya su pecho  
Con noble fuego arde.

## REINALDO.

¡Yo infame!.... ¡Yo cobardel!....  
Adios, funesto amor.

## LOS DOS.

Tiña enemiga sangre,  
Tiña otra vez } mi } lanza;  
                          } su }  
Volemos sin tardanza  
Al campo del honor.

## CORO DE CRUZADOS.

El viento ligero,  
Llenando las velas,  
Al muro nos guie  
Que cifre á Sion.  
El árabe tiemble,  
Y Europa confie;  
Que ya de Occidente  
Despierta el leon.

## ARMIDA.

Tiembles el orbe mi furia;  
Estallen las esferas, y lanzado  
El Aquilon silboso  
A las llanuras de la mar, levante  
Montañas de agua al cielo amérendado;  
Y su abismo profundo  
Del pérfido bajel sepulcro sea,  
Que me roba mi bien.

## UBALDO.

Vanos prestigios,  
Tú, Reinaldo, no temas.

## REINALDO.

¡Yo temer! Del averno enfurecido  
Arrostrara los monstruos, el horrendo  
Fragor del rayo, el piélago sonante;  
¡Ay! sólo temo el lloro de una amante.

## ARMIDA.

Tú lo causaste, impío.

## REINALDO.

¡Oh voz! ¡Oh amor suave!

## UBALDO.

Ya pronta está la nave;  
Reinaldo, vén tras mí.

## REINALDO.

Voy, y el alarbe tiembles;  
Pues en la lid más dura  
El llanto y la hermosura  
Intrépido vencí.

## ARMIDA.

Vuelve, bien mio,  
Vuelve á mirarme;  
Piedad imploro,  
Cuando no amor.  
¡Ay! yo fallezco;  
Vuelve, tirano,  
Ceba tus ojos  
En mi dolor.

## CORO DE CRUZADOS.

A la lid y á la gloria volemós,  
Despreciando las selvas de amor;  
Que un instante sus rosas marchita,  
Y del lauro es eterno el verdor.

## CORO DE GENIOS INFERNALES.

Del hondo Tártaro  
El negro seno  
A tu voz lúgubre  
Sumiso está.  
La tierra, el piélago,  
Si tú lo imperas,  
Con fragor hórrido  
Estallará.

## ARMIDA.

Tú, palacio eminente,  
Tú, florido jardín, de mi ventura  
Otro tiempo testigos,  
Y ya de mi infortunio monumentos,  
Despareced; la vengadora llama  
Consuma fuentes, árboles y flores;  
Muera todo, pues mueren mis amores.  
Espera, infiel Reinaldo,  
Espera, ya te sigo;  
No, bárbaro enemigo,  
No lidiarás sin mí.  
La lid de Marte fiera  
Prefieres á mi halago;  
Y yo, ¡qué injusto pago!  
Yo moriré por tí.

No pienses, ingrato, autor de mi pena,  
No pienses que has roto la hermosa cadena  
De rosa y de mirto que amor nos tejió.  
¿Qué importa que dejes mi selva encantada?  
Armida te sigue, y amante y amada,  
Jamás la hermosura su hechizo perdió.

## ROMANCES.

## I.

## A EUTIMIO, EN LA MUERTE DE SU MADRE.

*Ad tumultum, viridi quem cepite inanem,  
Et geminas, causam lachrymis, sacraverat aras.*  
VIRGILIO.

Si es cierto que amistad blanda

Tristes lágrimas enjuga,  
Bien la mano de tu Anriso  
Podrá suavizar las tuyas.  
¡Ay dulce Eutimio! Si iguales  
Nos maltrató la fortuna,  
Si iguales en su regazo  
Nos acogieron las Musas,  
Y si iguales en tus aras,  
Amable virtud, nos juntas,  
¿Por qué, de tu pena avaro,  
A un tierno amigo la ocultas?  
Ese túmulo, ceñido  
De helecho y verbena mustia,  
Que levanta entre cipreses  
Su humilde pompa y oscura,  
Di, ¿qué cenizas contiene?  
¿Es de un caro amigo tumba,  
O bien el amor lo erige  
A malograda hermosura?  
¿Gimes? ¿Y á mi voz responden  
Ardientes lágrimas mudas?  
¿Y los acentos que empiezas,  
Entre suspiros se anudan?  
Lo que tú obstinado callas,  
Ese mármol lo divulga,  
Do de su víctima el nombre  
Perdonó la muerte dura.  
De tu dolor el misterio  
La amistad temblando busca;  
*A la mejor de las madres*  
*De un fiel hijo la ternura.*  
¡Infeliz! gime y lamenta;  
Nunca tus lágrimas, nunca  
Igualarán tu infortunio,  
Por acerbas ni por muchas.  
Perdiste una madre! ¡Oh nombre  
De inefable amor, que anuncia  
Cuantos afectos á un alma  
O la deleitan ó angustian!  
Tal vez la amistad violan  
Del insano amor las furias,  
Cuyo estrecho lazo rompe  
La infidelidad perjura.  
Entre ambiciosas sospechas,  
Amor paternal, fluctúas;  
Y un hijo ingrato ó indócil  
La ley más sagrada burla.  
Mas ¡ay! del pecho materno  
¿Cuándo faltó la ternura?  
Ni ¿qué ardor ó qué constancia  
Podrá igualarse á la suya?  
¡Lloremos, mi dulce Eutimio,  
Lloremos juntos. La tumba  
Allá en los campos del Bétis  
Mi adorada madre oculta.  
Y á tí, lejos de tus brazos,  
Te la arrebató sañuda  
La Parca, do tus amores  
Remoto sepulcro cubra.  
¡Siquiera el yerto cadáver  
Poseyeses, y en la urna  
Su helada ceniza fuera  
Testigo de tu amargura!  
Sólo un túmulo vacío  
Consagras, imagen muda  
Del dolor; falaz imagen,  
Que tus acentos no escucha.  
Este solitario asilo,  
Que el sol apenas alumbrá,

Y donde flébil el aura  
Tristes acentos murmura;  
Esas ramas lastimeras,  
Que al suelo bajando mustias,  
Fúnebre pompa de otoño,  
La muerte del año anuncian;  
Esta fuente, que resbala  
Callada por la espesura;  
Aquella selva, que aterra  
Melancólica é inculta;  
Ese monte, que amenaza  
Con su pesadumbre adusta  
Todo el campo, y que parece  
Túmulo de la natura;  
Albergue de la tristeza  
Son, y las almas lo buscan,  
Que á gemir sin esperanza  
Condenó la suerte injusta.  
Aquí, Eutimio, lamentemos,  
Tú mis penas, yo las tuyas,  
Y nuestras lágrimas sean,  
Como los consuelos, mutuas.  
Tu herida, por ser reciente,  
Es quizá la más profunda,  
Y quizá al dolor de hijo  
Otros recuerdos se unan.  
La pérdida de una madre  
Aflige el alma más dura;  
¿Qué será, cuando es Rosaura  
La que el túmulo sepulta?  
Rosaura, honor de las playas  
Gaditanas, en quien juntas  
Por la primer vez se vieron  
Ciencia, virtud y hermosura.  
Aquel corazón, que en balde  
No imploró el infeliz nunca,  
Y que en el tuyo la imágen  
De su piedad perpetúa;  
Aquel alma noble y sábia,  
Que hermanó con la ternura  
De esposa y madre las prendas  
Que el hogar cristiano ilustran;  
Que de la inocencia hermosa  
Conservó la llama pura,  
Y agradable á Dios y al hombre  
Toda justicia acumula;  
¿Quién dignamente, mi Eutimio,  
Podrá llorarla? ¿Qué cruda  
Afección, qué acerba pena  
Debe igualarse á la tuya?  
Mas ¡oh! ¿perdida es por siempre?  
¿Su existencia por ventura  
En el seno de la nada  
Callada sombra se oculta?  
¡Ah! que no; vive y gloriosa  
Por eternidades triunfa,  
Ni es que el Dios de las virtudes  
Que fenezca el justo sufra.  
Sí; la tumba inexorable  
Podrá en su tiniebla oscura  
Cubrir el polvo aterido,  
Que un frágil vínculo anuda;  
Mas no el espíritu hermoso,  
Que altivo y noble se encumbra  
Sobre la region etérea  
Del solio inmenso á la altura;  
Y allí en el gremio sagrado,  
Fuente de amor, do se inunda  
De celestiales placeres,  
Espera que á él te reunas.  
Un tiempo será, mi Eutimio,  
Que el orbe estallando cruja,  
Y entre piélagos de fuego  
Cielos y tierras se hundan.  
El sol yacerá apagado,  
Caerá deshecha la luna,  
Y en la confusion primera  
Se abismará la natura.  
Entonces su hermosa alma,  
Libre en la mansion augusta,  
Sobre las ruinas del mundo  
Brillará cándida y pura.